

OBRAS COMPLETAS

de don Miguel Antonio Caro

Tomo I. *Flos Poetarum. El cinco de mayo*, de Manzoni. Edición oficial hecha bajo la dirección de Víctor E. Caro y Antonio Gómez Restrepo. Imprenta Nacional. (Edición ordenada por el Congreso).

No sentí más contento cuando vi alzarse en bronce la figura de Miguel Antonio Caro, imagen de su airoso y arrogante cuerpo, que cuando uno de los editores puso en mis manos el primer tomo de las obras del ilustre escritor y repúblico, espejo de su alma, fruto de ese cerebro portentoso, enfriado sólo por la muerte, la única que pudo hacer dormir en sus labios la elocuencia y hacer caer de sus manos esa pluma que enseñó varias generaciones y llevó luz y entusiasmo al entendimiento y al corazón de los hijos de Colombia y de los países donde se habla el idioma castellano. Cuando de los bustos y estatua modelados en marmol y en bronce, que unos coronaban de flores y otros adornaban de insignias, considerados inmortales y eternos por los contemporáneos que quisieron perpetuar la memoria de héroes y de sabios, se encuentran de unos a penas pedazos y de otros ni el polvo del metal que les dio vida, las obras de Cicerón y de Horacio, las de Descartes y de Maistre, la divina de Kempis forman hombres como Miguel Antonio Caro y continúan hablando al espíritu de su posteridad.

El hermoso y elegante tomo que Antonio Gómez Restrepo, ayudado de un hijo de Caro, ofrece hoy a España y América, lo forman las traducciones del latín, excepción hecha de las obras de Virgilio, que por tantos años ocuparon la atención del que pudo beber desde niño el agua pura de la fuente de sabiduría de los

ilustres escritores del Lacio y tomó de ellos la perfección de su estilo. Su abuelo, don Miguel Tobar, verdadero humanista, le fue enseñando a Caro el latín como se enseña hoy a leer a un infante en las cartillas modernas, y pudo éste poseer esa lengua con más perfección, si cabe, que la materna. El aprendió así a escribir en latín con más facilidad y elegancia que en castellano, y pudo llegar a ser, como dijo Menéndez y Pelayo, el mejor traductor castellano de Virgilio, sin que se pudiera comparar con él a otros hablistas de América que Andrés Bello y Pesado.

Y Caro no fue solamente un romano en el arte de escribir, en la concisión y la brevedad del estilo y en la encarnación de la belleza, sino en el vigor de espíritu, en la fortaleza del alma, la magnitud de sus empresas, en el valor para llevarlas a cabo y, en fin, en el gran temple de su corazón.

A los quince años publicó una traducción en verso latino del hermoso soneto «Héctor,» obra de su padre, el ilustre vate José Eusebio Caro; ensayo que llamó notablemente la atención de los técnicos en la materia con especialidad la de los jesuitas, que en ese tiempo eran sus maestros (1858). A los veintitrés años dio a luz un tomito de poesías originales, donde aparece una muestra de una obra inédita titulada *Biblioteca poética latino-hispana*, que debía contener cien piezas selectas que hasta entonces, 1866, decía el mismo Caro, no se habían hecho conocer en español. En el programa de la anunciada obra figuraba ya un libro de la *Eneida*, lo que da a entender que a tan corta edad tenía ya comenzada y adelantada la gigantesca empresa de la traducción de la obra de Virgilio, que no se sabe cuándo terminó, pero sí que fue publicada en 1873, cuando contaba treinta años. En la misma advertencia preliminar puesta a sus juveniles composiciones poéticas, anun-

cia publicar una colección de cánticos sueltos del Antiguo Testamento, de los que contiene el volumen como muestra «El Cántico de Moisés» y el «Miserere,» y una notable composición poética que debía figurar como introducción a dichas traducciones. Ninguna de las dos obras apareció después y sólo ahora se ofrece al público la primera de ellas, que llena todo el tomo primero de las obras completas del ilustre humanista, que dedicó la mañana de sus días a la imitación de los poetas del Iliso y del Tibre:

En la dulce mañana de mis días,
 Cuando se goza en dulces melodías
 El corazón con inocente fe;
 Como óyese la voz de los poetas
 Del Iliso y del Tibre en las inquietas
 Cuerdas de mi laúd los imité.
 Marón divino! al eco de tu canto
 Yo revelaba el armonioso encanto,
 La dulce luz de la dorada edad;
 Campos amenos de gayadas flores,
 Pláticas inocentes de pastores,
 Ecos y sombras, grata soledad!
 Las levés flautas y el cantar ligero
 Troqué después por el clarín guerrero
 Y seguí por doquiera a tu adalid;
 Del mar airado a las tremendas olas
 Y a las del Orco, pálidas y solas
 Al blando sueño y a la ardiente lid.
 Con él narré en la cuna de Cartago
 La última noche y funeral estrago
 De las cansadas torres de Ilión
 Y de futuras éras y países
 Hice el destino revelar a Anquises,
 Del Elíseo en la plácida región.

Con el entusiasmo y culto que trascienden estos hermosos e inspirados versos por el cisne de Mantua,

tradujo toda su obra y continuó luégo adelantando el monumento que al fin levantó a los poetas del siglo de Augusto.

En el importante tomo que encabeza sus obras no se encuentran de Virgilio sino algunos fragmentos de las *Geórgicas*, porque se ha dejado para otro volumen este poema completo, las *Bucólicas* y la *Eneida*, cuya traducción hizo célebre el nombre de Caro en Europa y en América. Ningún vate latino, apesar de la admiración que tenía por Horacio y Ovidio, podía para él equipararse a Virgilio, a quien no le encontraba igual sin remontarse a Homero. Enrique Piñeyro, al hacer un análisis de la traducción de la *Eneida* de Caro, en que hace un entusiasta encomio y razonado juicio de tan eximio trabajo, no comparte la opinión que éste tenía del gran épico latino: «No pensamos como el señor Caro, dice, y creemos, sin embargo, no desconocer uno solo de los méritos que realmente ilustran al autor de la *Eneida*.... Pero Virgilio es un gran artista que usa materiales de segunda mano, que toma de otros elementos fundamentales de sus obras. Dotado de un talento inmenso sabe sacar nuevo y brillante partido de ideas ajenas, sabe amoldarlas a su genio, a su época, a su nación. Como artista de forma o como escritor no tiene rival que le aventaje, como poeta creador pertenece indudablemente a un orden secundario.» El señor Caro, que había combatido en el discurso preliminar de la *Eneida* este punto de vista, no cambió de parecer, a pesar de la alta idea que tenía de Piñeyro como humanista, tan sincero que en el apéndice puesto al tomo tercero de las obras de Virgilio acogió el reparo que aquél hizo a la interpretación de un pasaje del tomo primero.

En el volumen que tenemos a la vista, fué de las tres poesías de Virgilio, ya mencionadas, se encuen-

tran 35 odas y epigramas de Catulo; dos fragmentos de Lucrecio; 35 elegías de Tibulo; 29 elegías de Propertio; un fragmento de Pseudo Galo, 17 elegías de Ovidio; 3 composiciones de Lucano; 86 odas, una sátira y 21 epístolas de Horacio, entre ellas la célebre a los Pisones; y la traducción en español y en latín del famoso «Cinco de mayo» de Manzoni.

No hay necesidad de buscar en el estilo de Horacio la perfección, la delicadeza y la gracia que tanto se admiran en él para darse cuenta del homenaje rendido por Caro al gran poeta. El mismo en un soneto lo llamó ínclito padre del laúd latino y encantador de otros mundos con que nunca soñó. En la introducción, ya citada, a la colección de traducciones del Antiguo Testamento, le había dedicado esta bella estrofa:

También la voz del venusino vate,
Llegué a imitar; ya en bárbaro combate
A los Claudios corone de laurel.
Ya, partiendo Virgilio a Citerea
Pida en el puerto que propicio sea
Al coronado álgero bajel.

Si el mejor traductor—supuestas las demás condiciones—es el que penetra más hondo en la mente del autor original, el que vive la vida de su modelo, se penetra de sus ideas y sentimientos, de sus hábitos, preocupaciones y anhelos, no ha existido en lengua castellana autor más autorizado que Caro, después de Fray Luis de León, a quien nadie rivaliza como intérprete de Horacio. Don Miguel Antonio vivía más en el siglo I que en el XIX; sabía más de Roma que de Bogotá; pensaba, según frase del doctor Carrasquilla, en latín y lo traducía mentalmente al castellano. De aquí que sus poesías en lengua de Cervantes, abundan en el hipérbaton, mientras que sus composiciones latinas, según

dicen los que saben a fondo el idioma de los dioses, corran en orden lógico de vocablos, como la conversación familiar.

A los poetas latinos no se les puede traducir con diccionario. Cada voz tiene en aquel idioma infinitos matices, que se escapan a los que no hayan entrado al «Sancta Sanctorum.» Así, para no citar sino un ejemplo a nuestro alcance, el primer verso de la *Eneida*:

Arma virumque cano...

ha sido traducido por «Canto las armas y al varón...» Caro dice:

Canto asunto marcial, al héroe canto...

Pero Caro tiene los defectos de sus cualidades, como todo hombre de genio. Es un avaro empedernido, avaro no de dinero, sino de palabras. Unas veces pretende, como en la versión del «Arte poético» de Horacio, traducir cada exámetro, que consta de quince sílabas, por término medio, en un endecasílabo; otras, reducir cada estrofa sáfica latina a una castellana, como si no hubiera que introducir las proposiciones que reemplazan las terminaciones latinas de los casos. De aquí resulta que los versos quedan apretados, correctísimos sí, claros, después de un instante de reflexión, pero no fáciles para el vulgo de los lectores. Y, sin embargo, según parece de las históricas, Catulo era tan familiar como Joaquín Pablo Posada; Virgilio tan legible para el vulgo como Gregorio Gutiérrez González; Ovidio más armonioso poeta que Zorrilla o José Antonio Calcaño. Caro que no tuvo miedo a nada ni a nadie, temblaba de los ripios. La sublimidad de su inteligencia le ocultaba que no es ripio lo que se necesita para poner el pensamiento al nivel de la mayor parte de los hombres.

Éstas observaciones no se refieren sino a una pequeña parte del «Flos Poetarum.» ¿Qué cosa más sencilla que esta traducción del canto XCII de Catulo?:

XCII DE LESBIA

Digo que Lesbia me ama
Porque de continuo clama
Contra mí,
Me preguntáis ¿por qué así?
—Porque hablo contra esa dama
También yo.
Mas si el labio dice «no;»
El corazón dice «sí.»

Ni qué naturalidad mayor que la de estas estrofas de la tercera «Triste» de Ovidio?:

TRIST

LIBRO II.—ELEGÍA III

Cum subit illius....

Cuando pienso en la noche de horror llena
En que patria y hogar
Dejé por siempre, aquella misma escena
Se me ofrece delante, y de mis párpados
Vuelve aun ora una lágrima a rodar.
Renaciente dolor el velo denso
Rasgó, a mirar volví;
Decir adiós a mis amigos pienso:
Cuán largo de ellos antes era el número!
Y uno u otro no más descubro allí.
Mi esposa me estrechó sumida en llanto,
En más largo raudal
Bañado su inocente rostro, entanto
Que mi hija, ausente en las regiones líbicas,
No alcanzaba a saber desgracia tal.

Si acaso con lo grande lo pequeño
 Es dado comparar,
 Aquel trance cruel después de un sueño,
 De Troya entrada a saco en noche trágica,
 Paréceme el aspecto renovar.

Tarde acudo al broquel, de muerte herido;
 Mas al menos mi honor
 Salvad! que por vosotros instruído
 El semidiós que me proscribe, oh númenes!
 Crimen no juzgue lo que fue un error.

Ay! cuántas veces, cuando ya salía,
 A encarecer volví
 Aquello mismo que encargado había;
 Ay! cuántas veces los adioses últimos
 Y el ósculo supremo repetí.

Cómo los ojos con inquieto anhelo
 Tornaba sin cesar!
 Conque he de abandonar el patrio suelo?
 Conque he de sepultarme en pueblos bárbaros?
 Oh! Dejadme un instante respirar.

Arrancado de allí, me parecía
 De mí misma arrancar,
 En partes dividido, como un día
 Meció mis miembros por cuadrilla indómita
 Sintió a puntos diversos arrastrar.

Nuevos gritos entonces oigo agudos
 Alzarse en torno a mí.
 Tristes manos herir, pechos desnudos,
 Y mi esposa, aferrándome, a sus lágrimas
 Unió la voz de su dolor así:

No hay fuerza humana que de tí me aparte,
 Nada me hará ceder;
 Juntos iremos a cualquiera parte;
 Proscrita esposa de un proscrito mísero—
 Está hecho todo!—me verán doquier.

Peso leve seré, fardo allegado
 Al bajel volador.
 Pártes; César lo manda! yo a tu lado
 Iré del orbe a los postreros límites;
 Lo manda, César para mí, el amor.

Tal forcejeaba, y cuando al fin rendida
 Cedió, salgo—o más bien
 Aquello fue mi funeral en vida—
 La faz hirsuta descompuesta, escuálido,
 Revuelto el pelo en la nublada sien.

Dicenme que al rigor de su tormento
 Desmayó la infeliz,
 Y así que del helado pavimento
 Acertó a levantar los miembros débiles
 Y cubierta de polvo la cerviz,

Tornó a verter el abundoso llanto
 Mi nombre a repetir y a gemir tanto
 Cual si a hija o esposo, ya cadáveres,
 Viese a la pira fúnebre llevar.

Y aunque envidiara del sepulcro frío
 El sueño y la quietud,
 Morir no quiso por respeto mío.
 Oh! viva, dando a mis dolores bálsamo
 La esperanza que cifro en tu virtud.

La mayor parte de las traducciones de este volumen estaban inéditas. Prueba es ésta de que el autor no estaba satisfecho con ellas; de que aún no les había dado la última mano. ¿Por qué la justicia humana no premia al varón eminente sino después de muerto, haciendo así menos perfecto el homenaje?

Tal vez podrá decirse, en resumen, de esta colección de traducciones, lo que Menéndez y Pelayo juzgó de la traducción de la *Eneida*: «La traducción del señor Caro es sin duda la mejor que poseemos en castellano, a lo menos tomada en conjunto. Hay pasajes dé-

bil o vagamente traducidos... Cierto que se encuentra algún giro exótico, alguna construcción violenta, alguna frase traída de lejos; pero ¿qué importa eso al lado de tantas frases expresivas y gallardas, al lado de tantos giros felices como embellecen la traducción del poeta bogotano? El cual es además notabilísimo y concienzudo latinista y nunca, o raras veces, se desvía de la recta interpretación. Debe aplaudirse sobre todo en su trabajo la pureza y galanura con que maneja la lengua castellana como dueño y señor de todas sus preases y tesoros, cosa rara en las regiones americanas....» (1).

Este nuevo monumento levantado por Caro a la poesía latina, que no tiene igual en ninguna lengua, pues hay traducciones francesas e inglesas, en prosa de los clásicos latinos, como las de Nissard, Pankoncke y Coelino, pero no hay una antología en verso, y en esta clase de versos joyas de la lírica castellana, ni en Europa ni en América.

Antonio Gómez Restrepo, que ya había contraído el mérito con las letras colombianas de ser el editor de las obras de Pombo, agrega hoy a sus grandes merecimientos propios, como crítico, poeta y orador, el de ser uno de los directores de esta publicación, que será solicitada en el futuro como se busca hoy una de las ediciones de Sancha; Víctor E. Caro, inteligente y eficaz colaborador de Gómez, inicia su labor literaria precedido de las glorias de su padre, a reserva de mostrar pronto con trabajos originales que el talento de los Caros no se extingue; hay soles que no se eclipsan.

JUAN A. ZULETA

(1) Traductores españoles de la *Eneida*.